

UN FÍSICO EXPERIMENTA CON LOS ESTUDIOS CULTURALES

«... La negación de la idea de que los hechos y las evidencias importan, debido a que todo se supone sujeto a intereses y perspectivas subjetivos es –precedida tan sólo por las campañas políticas norteamericanas– la manifestación más significativa y perniciosa de la anti-intelectualidad de nuestro tiempo...».

Larry Laudan, *Science and Relativism* (1990).

La aparente decadencia de los modelos de rigor intelectual en ciertos ámbitos de las humanidades universitarias en América es un tema que me preocupa desde hace varios años. Pero no soy más que un físico: el hecho de que me vea incapaz de encontrar pies ni cabeza en la *jouissance* y la *différance* quizá refleje sólo mis propias insuficiencias.

De modo que, con el fin de poner a prueba estos modelos intelectuales imperantes, decidí realizar un experimento modesto (y también, he de admitirlo, incontrolado): ¿es posible que una revista importante de estudios culturales –cuyo colectivo editorial incluye a personalidades como Frederic Jameson y Andrew Ross– pudiera publicar un artículo repleto deliberadamente de sinsentidos si (a) suena bien y (b) halaga los prejuicios ideológicos de los editores?

La respuesta, desgraciadamente, es afirmativa. Los lectores interesados pueden encontrar mi artículo [*Transgrediendo los límites, supra*], en el número de primavera/verano de *Social Text*, un número especial de la revista dedicado a «Science Wars».

¿Qué está pasando? ¿Acaso es posible que los editores *realmente* no se hayan dado cuenta de que mi artículo estaba escrito a modo de parodia?

En el primer párrafo ridiculizo «el dogma impuesto por la larga hegemonía post-ilustrada sobre el panorama intelectual occidental», según el cual:

«existe un mundo externo cuyas propiedades son independientes de cualquier ser humano individual e incluso de la humanidad en su conjunto; [...] esas propiedades están codificadas en leyes físicas «eternas, y [...] los seres humanos pueden obtener un conocimiento fiable de estas leyes, aunque imperfecto y provisional, trabajando con los procedimientos «objetivos» y bajo las restricciones epistemológicas prescritas por el (así llamado) método científico».

¿Acaso es hoy dogma en el ámbito de los estudios culturales la afirmación de que no existe un mundo externo? ¿O bien que existe un mundo externo pero que la ciencia no puede obtener un conocimiento de él?

En el segundo párrafo declaro, sin la más leve evidencia o argumento, que «la “realidad” física [adviértanse las comillas]... es un constructo social y lingüístico», y no me refiero a nuestras *teorías* sobre la realidad física, sino a la realidad misma. De acuerdo: cualquiera que crea que las leyes de la física son meras convenciones sociales queda invitado a transgredir esas convenciones desde la ventana de mi apartamento (vivo en un vigésimo primer piso).

A lo largo de todo mi artículo empleo de tal modo ciertos conceptos matemáticos y físicos que prácticamente ningún científico o matemático podrían habérselo tomado en serio. Por ejemplo, sugiero que el «campo morfogenético» —una estrambótica idea New Age acuñada por Rupert Sheldrake— es una teoría de vanguardia en el ámbito de la gravedad cuántica. Esta relación es pura invención; de hecho, Sheldrake nunca apoyaría nada parecido. Afirmo que las especulaciones psicoanalíticas de Lacan han sido confirmadas por el trabajo reciente en la teoría de campos cuánticos. Hasta los lectores no científicos se preguntarán qué diablos tiene que ver la teoría de campos cuánticos con el psicoanálisis; efectivamente, mi artículo no ofrece ningún argumento razonable que apoye una relación de este tipo.

Más adelante, propongo que el axioma de igualdad de la teoría matemática de conjuntos es, de algún modo, análogo al concepto homónimo de la política feminista. En realidad, todo lo que dice el axioma de igualdad es que dos conjuntos son idénticos si y sólo si tienen los mismos elementos. Hasta los lectores no versados en matemáticas podrían haber sospechado perfectamente de la pretensión de que el axioma de igualdad reflejara «los orígenes liberales decimonónicos» de la teoría de conjuntos.

En suma, escribí el artículo intencionadamente de tal modo que cualquier físico o matemático competente (o cualquier estudiante de primer ciclo de física o matemáticas) se habría percatado de que era una trampa. Es evidente que a los editores de *Social Text* les pareció normal publicar un artículo sobre física cuántica sin molestarse en consultar a nadie que pudiera saber algo del tema.

No obstante, el sinsentido fundamental de mi artículo no reside en sus numerosos solecismos sino en el equívoco de su tesis central y el «razonamiento» que la apoya. Básicamente, afirmo que la gravedad cuántica —una teoría aún especulativa sobre el espacio y el tiempo a escalas de una millonésima de millardésima de millardésima de millardésima de centímetro— posee consecuencias *políticas* profundas (que, por supuesto, son «progresistas»). Para demostrar esta proposición improbable, procedí como sigue: primero, cité algunos pronunciamientos filosóficos controvertidos de Heisenberg y Bohr, y afirmé (sin ninguna argumentación) que la física cuántica está en profunda consonancia con la «epistemología postmoderna». A continuación, construí un pastiche —Derrida y la relatividad general, Lacan y la topología, Irigaray y la gravedad cuántica— con la argamasa de una retórica vaga sobre «no linealidad», «flujo», e «interconexión». Finalmente, afirmé (de nuevo sin argumentar) que la «ciencia postmoderna» ha acabado con el concepto de realidad objetiva. No hay nada en todo esto que se parezca siquiera a una secuencia lógica de pensamiento; tan sólo aparecen citas de autoridades, juegos de palabras, analogías forzadas y afirmaciones vacuas.

Mi artículo se hace especialmente descabellado en los párrafos finales. Tras haber abolido la realidad como factor restrictivo de la ciencia, paso a sugerir (una vez más sin argumento) que la ciencia, para ser «liberadora», debe estar subordinada a estrategias políticas. Termino el artículo observando que «una ciencia liberadora no puede estar completa sin una profunda revisión del canon de las matemáticas». Sugiero que podemos rastrear alguna pista de unas «matemáticas emancipadas... en la multidimensionalidad y no-linealidad de las lógicas difusas [aunque] éstas todavía se encuentran profundamente influidas por sus orígenes en la crisis de las relaciones de producción del capitalismo tardío». Añado que «la teoría de las catástrofes, con su hincapié dialéctico en la suavidad/discontinuidad y metamorfosis/desdoblamiento, desempeñará un papel importante en las matemáticas futuras, pero todavía queda mucho por hacer para que pueda convertirse en una herramienta concreta de la praxis política progresista».

Es comprensible que los editores de *Social Text* fueran incapaces de evaluar críticamente los aspectos técnicos de mi artículo (que es precisamente por lo que hubieran debido consultar a algún científico). Lo que resulta más sorprendente es la rapidez con que aceptaron mi sugerencia de que la búsqueda de la verdad en el ámbito de la ciencia debe estar subordinada a un programa político, y su inconsciencia ante la total falta de lógica del artículo en su totalidad.

* * *

¿Por qué lo hice? Si bien mi método era satírico, mis motivos son profundamente serios. Lo que me interesa no es sólo la proliferación de sinsentidos y formas chapuceras de pensamiento *per se*, sino un tipo particular de sinsentido y de pensamiento chapucero: el que niega la existencia de realidades objetivas o (cuando se le ataca) admite su existencia, pero resta valor a su pertinencia práctica. En los casos buenos, una revista como *Social Text* toca cuestiones importantes que ningún científico debería ignorar –cuestiones, por ejemplo, sobre cómo la financiación corporativa y gubernamental influye en el trabajo científico—. Desgraciadamente, el relativismo epistemológico no contribuye mucho a que progrese el debate de estos problemas.

En resumen, mi interés por la difusión del pensamiento subjetivista es tanto intelectual como político. Intelectualmente, el problema de este tipo de doctrinas es que son falsas (cuando no carecen de sentido). *Existe* un mundo real; sus propiedades *no* son meras construcciones sociales; los hechos y las evidencias *sí* importan: ¿qué podría afirmar una persona cuerda si no fuera así? A pesar de todo, la mayor parte de la teoría contemporánea consiste precisamente en tratar de difuminar estas verdades obvias –ocultando el absurdo de todo ello bajo un lenguaje oscuro y pretencioso.

La aceptación de mi artículo en *Social Text* es un ejemplo de la arrogancia intelectual de la Teoría –es decir, la teoría *literaria* postmoderna llevada a su extremo lógico. No es de extrañar que no se molestaran en consultar a un físico: si todo es discurso y «texto», entonces el conocimiento del mundo real es superfluo; hasta la física se convierte en una rama más de los Estudios Culturales. Si, además, todo es retórica y «juegos de lenguaje», también será superflua la coherencia lógica interna: una pátina de sofisticación teórica servirá igual de bien. La incomprendibilidad se convierte en virtud; las alusiones, metáforas y equívocos en sustitutos de la lógica y la evidencia. Mi propio artículo

es, ante todo, un ejemplo extremadamente *modesto* de este género tan bien asentado.

Políticamente, me enfada que gran parte de esta estupidez (aunque no toda) emane de algo que se llama a sí mismo Izquierda. Estamos presenciando un *volte-face* histórico. Durante la mayor parte de los dos últimos siglos, la Izquierda se ha identificado con la ciencia frente al oscurantismo; creíamos que el pensamiento racional y el análisis intrépido de la realidad objetiva (tanto natural como social) eran herramientas incisivas para combatir las mistificaciones promovidas por los poderosos, además de ser deseables por sí mismos. El giro reciente de muchos humanistas y científicos sociales universitarios, «progresistas» o de «izquierdas», hacia una u otra forma de relativismo epistemológico traiciona esta digna herencia y mina las perspectivas, ya de por sí frágiles, de la crítica social progresista. Teorizar sobre «la construcción social de la realidad» no nos ayudará a encontrar un tratamiento eficaz del SIDA o a desarrollar estrategias para evitar el calentamiento global de la tierra. Tampoco podremos luchar contra ideas falsas en el ámbito de la historia, la sociología, la economía o la política si rechazamos las nociones de verdadero y falso.

Los resultados de mi pequeño experimento demuestran, como mínimo, que algunos sectores de moda de la Izquierda universitaria americana se han ido volviendo intelectualmente perezosos. A los editores de *Social Text* les pareció bien mi artículo porque les gustaba su *conclusión*: que «el contenido y metodología de las ciencias postmodernas prestan una ayuda fundamental al proyecto político progresista». Al parecer, no vieron la necesidad de analizar la calidad de la evidencia, la lógica de los argumentos ni, siquiera, la pertinencia de éstos para la pretendida conclusión.

Por supuesto, soy consciente de los problemas éticos que supone un experimento tan poco ortodoxo. Las comunidades profesionales operan en gran medida gracias a la confianza mutua; un engaño acaba con esa confianza. Pero es importante entender exactamente lo que hice. Mi artículo es un ensayo teórico basado por completo en fuentes disponibles públicamente, que he citado meticulosamente a pie de página. Todas las obras citadas son reales, y todas las citas son rigurosamente precisas; ninguna es inventada. Ahora bien, es cierto que el autor no cree en su propia argumentación. Pero ¿debería importar eso? El deber de los editores en tanto que estudiosos es juzgar la validez e interés de las ideas, sin importarles su procedencia (de ahí que numerosas revistas practiquen la evaluación a ciegas). Entonces, si los editores de *Social*

Text encontraron convincentes mis argumentos, ¿a qué desconcertarse simplemente porque yo no esté de acuerdo? ¿O acaso respetan la llamada «autoridad cultural de la tecnociencia» más de lo que querrían admitir?

En última instancia, recurrí a la parodia por una simple razón pragmática. Aquello a que se dirigía mi crítica se ha convertido a estas alturas en una subcultura académica autoperpetuable que se caracteriza por ignorar (o desdeñar) la crítica razonada procedente de otros ámbitos. En esta situación, era necesaria una demostración más directa de cuáles son las exigencias intelectuales de esa subcultura. Pero, ¿cómo demostrar que el emperador está desnudo? La sátira es, sin duda, la mejor arma, y el mejor golpe el que uno se da a sí mismo. Ofrecí a los editores de *Social Text* la oportunidad de demostrar su rigor intelectual. ¿Pasaron la prueba? Creo que no.

No digo esto con regocijo, sino con tristeza. Después de todo, yo también soy de izquierdas (enseñé matemáticas en la Universidad Nacional de Nicaragua con el gobierno sandinista). En casi todos los temas políticos prácticos –incluyendo muchos relacionados con la ciencia y la tecnología– estoy del mismo lado que los editores de *Social Text*. Pero soy de izquierdas (y feminista) *gracias a* la evidencia y la lógica, y no a pesar de ellas. ¿Por qué permitir que la derecha monopolice ese ámbito intelectual por excelencia?

Y, ¿por qué debe uno tener al sinsentido autocomplaciente –cualquiera que sea su supuesta orientación política– por la cima de los logros académicos?

15 de abril de 1996

Traducción de Amaya Bozal

*(Con el asesoramiento técnico de Alfredo Poves
y Jean-Claude LeFilhou)*